



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9052

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—*Provincias*.—Tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirige al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 94.—

MIERCOLES 30 DE DICIEMBRE DE 1891.

11.945.871

IGNORANTES

A esa cifra, á la enorme y dolorosa cifra de 11.945.871 asciende, según el último censo de población, el número de ciudadanos españoles que no saben leer ni escribir.

Parece mentira que hecho semejante ocurra en un país que tiene pretensiones de civilizado, sin que la vergüenza coloree las mejillas de sus gobernantes, de los grandes hombres que han pasado por direcciones y ministerios, cubiertos de placas y encomiendas, bombeados por los periódicos de su partido, ensalzados por el grupo ó grupo que les sigue, siendo protegidos y protectores de caciques, logreros y muñidores electorales, para ver impasibles el embrutecimiento del pueblo que gobiernan y dejar en la ignorancia á doce millones de personas.

Personas... ¡Debían serlo. Poseen todos los elementos necesarios para disfrutar de ese título, para estar incluidos en esa calificación; tienen un cerebro que puede pensar, un alma que puede sentir, inteligencia y sentimiento; los diferenciadores esenciales del hombre y de los restantes seres animados. Pero de qué les sirven? De qué les sirve el cerebro, si allí se lo dejan tal y como la Naturaleza se lo entregó, sin desbastarlo, sin ejercitarlo, sin removerlo, sin purirlo, entregado á su propio impulso, cerrado con triple cerrojo al avance de toda idea y de todo progreso? De qué les sirve el alma si nadie se ocupa en educarla, en moralizarla, en abrirla de par en par, por la enseñanza y por la instrucción á todos los sentimientos nobles y á todos los propósitos honrados y puros? De qué pueden servir esas materias primas, esos moldes de mejoramiento y de cultura, si se les permite atrofiarse, empequeñecerse, si no se les desarrolla y se les trabaja por quienes tenían obligación de hacerlo?... ¡Personas!... Lo eran al nacer; las sabias medidas de los gobernantes los convierten en bestias.

Terrible problema éste, en el que debían fijarse los hombres políticos; problema único en los tiempos modernos, porque de él arrancan los demás; problema siniestro, en el que no se ocupan los grandes estadistas de España, porque solo les queda tiempo, por lo visto, para ver si debemos llamarnos monárquicos ó republicanos, conservadores ó liberales, demócratas ó progresistas. Discutir nombres, ganar puestos, rellenar poltronas, sustituir unos gobiernos por otros y unos hombres por otros hombres: esta es la tarea importante. Y mientras esto ocurre, mientras republicanos y monárquicos, y conservadores y liberales, y progresistas y demócratas pasan y se suceden por y en las esferas del gobierno, siguen sin saber leer ni

escribir doce millones de españoles.

Doce millones, de los cuales tocan á Madrid, á la capital de España, á esta capital que cuentan 470.272 habitantes, 173.032; y corresponde á las mujeres, á las que tienen á su cargo la educación y el desarrollo de la infancia, el trazado de las líneas primeras por que ha de extenderse la existencia del hombre, poco menos de dos terceras partes. Dos terceras partes; he aquí la cuota correspondiente á las mujeres, en el completo de esta suma vergonzosa de ignorancia.

No se han fijado en ello los gobernantes españoles, esos gobernantes, que mientras declaran obligatorios el servicio armado y el pago de los impuestos y la contribución territorial y el sacrificio en todas sus manifestaciones públicas, discuten aun si debe ó no debe ser obligatoria la enseñanza?... ¡Qué anomalía! ¡qué enorme falta de sentido común! ¡qué insensato descuido y qué peligroso abandono!

¿No comprenden esos gobernantes que tolerar la ignorancia es sembrar el germen de todos los crímenes y la semilla de todos los peligros? ¡Pues ya son torpes!

Recorriendo los presidios, las estadísticas penales, se ve que casi todos los delincuentes no saben leer ni escribir; visitando las mancerbas, esos establecimientos donde se expende el vicio reglamentado y oficial, se observa que casi todas las que tienen á su cargo servirlo, no saben leer ni escribir tampoco; son masa ignorante, ineducada, materia hábil para todo tráfico impuro y para todo comercio brutal y vergonzoso.

De esta masa confusa y siniestra que vive sin instrucción para su cerebro, sin ejemplos sanos para su alma, sin pan para su estómago, salen el asesino que aguja el puñal y lo sepulta al volver de una esquina en el cuerpo del transeunte; el borracho que falto de alimento y sobrado de alcohol esgrime una arma y la hunde en el pecho de su contrincante; el ladrón que maneja ganzuás y llaves falsas; el bandido que acecha en el camino con el fusil entre los dedos y la blasfemia entre los dientes; la mujer que se vende sin voluntad y sin conciencia; la que entrega su honra por un panecillo; la que cambia la suya por un puñado de monedas. Carne para la mancerba, carne para el presidio: he aquí los productos del abandono y de la ignorancia.

Y mientras esos 12 millones de españoles se retuercen sacudidos por el embrutecimiento todos, y por la miseria la mayor parte, el Estado arroja sobre ellos cargas angustiosas, contribución, impuestos, servicio militar... A todo les obliga menos á saber leer y escribir.

Olvido peligroso, porque el hombre educado procede siempre, hasta cuando se ve herido, con bondad y con misericordia; pero el ignorante procede por impulso cuando del instinto, y el instinto, cuando de la conservación de la vida ó de

la venganza del agravio se trata, es cruel en todos los seres.

Esa multitud ignorante puede recordar un día que sobre ella pesan todas las cargas, que á ella no llega ninguno de los beneficios; puede tratar de disminuir las unas, de acrecentar los otros, y entonces... entonces procederá con arreglo á las condiciones morales en que los hemos puesto. Cada uno da lo que tiene, lo que le han dado.

¡Pobres de nosotros—como decía anoche en su hermosa comedia el eminente Echegaray;—pobres de nosotros el día en que se unan la mano encallecida del obrero y la mano encallecida del labrador y vengan á reclamar sus derechos 12 millones de españoles que no saben leer ni escribir.

JOAQUIN DICENTA.

LAS QUIROTECAS

Un punto curioso de indumentaria es el de la historia del guante, poco explicada en los diccionarios.

El guante estaba en uso en la más remota antigüedad. Su origen es muy anterior á la antigua Grecia, y una parte integrante del traje primitivo.

El «Génesis» (cap. 27, v. 15, 16) dice que «Bela», para engañar á su marido, cuya vista estaba muy debilitada, fabricó para Jacob, su hijo predilecto, unos guantes de piel de cabrito.»

Esta es, probablemente, la primera vez que se hace mención de los guantes, 2000 años antes de Jesucristo.

Volviendo á la antigua Grecia, la «Odissea», en su canto XXIVº, verso 226, dice: «Laerte iba revestido con una pobre túnica, y llevaba las manos cubiertas con guantes, á causa de los zarzales.»

Jenofonte en su «Cyropedia» (libro VIII, capítulo 8) echa en cara á los hedos que se resguarden con mitones gruesos y calientes. Se pueden recordar también los guantes que cita Ateneo, y que llevaba el gloton Pithibilus. No contento con calzarnos en las manos, había inventado un guante para su lengua, que le permitía paladear los manjares más calientes.

Varron cuenta que los romanos no hacían la cosecha de aceitunas sin estar provistos de guantes, con objeto de no echar á perder con el contacto de las manos la carne negra de la fruta, que los gastrónomos de la época, y eran muchos, estimaban extraordinariamente. Aunque sobre este particular no estaban conformes todos los latinos, pues Ovidio pretende que «la aceituna es mejor cogida con la mano que con el «dedal.» («De Re Rustica», lib. I.)

Plinio el Joven, en una carta en que explica á Macer cómo trabaja su tío Plinio el Viejo, escribe que «tenía constantemente á su lado á un secretario armado de libro y tablillas, y que el secretario se ponía en invierno guantes, ó mejor mitones, á fin de que el rigor del frío no le impidiese trabajar.»

Los luchadores de la antigüedad llevaban también guantes, como

los «boxeadores» de nuestro tiempo; llamábanse «chirotecos» y estaban forrados de hierro.

Los monjes franceses, bajo el reinado de Luis el Bondadoso, llevaban guantes en ciertas solemnidades, minuciosamente prescritos en una orden del rey. Desde el siglo VII llevaron guantes los prelados, y se conservan algunos de aquellos guantes; los hay de la época de Roberto el piadoso, en el año 1000, que están adornados con piedras preciosas. Es muy hermoso un par de guantes que se conserva de un obispo de San Bertrán de Comminges.

En la Edad Media, Venecia fabricaba superiormente los guantes cubiertos de bordados y de los más ricos dibujos. Y de Venecia llegaron á Francia los famosos guantes envenenados de Juana de Albret.

Venecia conservó mucho tiempo el privilegio de esta especialidad de los guantes, que se adornaban también con pinturas y lentejuelas; en el siglo pasado eran también artistas venecianos quienes mandaban á París los abanicos que pintaba Watteau.

Los guantes figuraban entre los presentes diplomáticos, precediendo á las tabaqueras. En los siglos XVI y XVII era costumbre en varias cortes de Europa regalar guantes á los embajadores; las pedrerías que les recargaban, los hacían objetos de gran valor.

En diferentes manuscritos se citan los guantes perfumados que los duques de Este y de Ferrara distribuían durante sus fiestas en el siglo XVI.

No hace más de cuarenta años que en Francia, en los entierros de aparato, los maestros de ceremonia pasaban en bandejas guantes de piel blanca para los convidados.

Los guantes de piel de perro, tan en boga recientemente, vienen de la época de Enrique IV de Francia, y probablemente sería español el inventor, pues dice Feullet de Conches, que «un tal Antonio Pérez envió guantes así fabricados á una cierta lady Riche y á la Sra. Knolier, acompañando su regalo con una epístola en el estilo ampuloso de la «Astrea.»

Un trovador del siglo XIII, Gilberto de Montreuil, dice algo referente á guantes en una novela de «La Violeta ó Gerardo de Nevers.» «Euriante—dice—tomó su guante izquierdo y lo presentó á Gerardo.» La canción de Rolando menciona también el guante.

Para terminar, en la Exposición nacional de Palermo, actualmente abierta, hay una sección de objetos de arte normandos y angevinos, de las dos épocas de dominación francesa en la isla. Crispi ha mandado á esta Exposición un celebre guante de seda roja, que perteneció á Conradino de Hohenzollern. Este guante es del año 1268, y fue recogido al pie del cadáver en que el príncipe alemán cayó de la torre de Tagliacozzo, en que sus tropas, ó mejor, las tropas de su padre Federico, fueron vencidas por las de Anjou.

Una leyenda dice que cuando el levantamiento de las «Visperas Si-

cilianas,» el guante de Conradino fue empapado en sangre francesa.

¿QUIÉN NO MURMURA?

I.

De todas las murmuraciones la más inocente es sin duda la de los ríos, cuando sus corrientes hacen ruido por entre las piedras y arenas. Y sin embargo este murmullo ha dado motivo á múltiples atentados poéticos, motivo de sonrojo para las nueve hermanas.

La Academia española que vive con un siglo de atraso, sigue creyendo que en estos tiempos la murmuración ofrece el mismo aspecto que cuando nuestros abuelos usaban montera y abultada trenza, excepto los pelones. Entonces se hablaba mal de los ausentes en voz baja, en conversaciones secretas, como si dijéramos en confidencias tan reservadas que rara vez salían á la pública vergüenza, por más que también se dieron casos de indiscreción mayúscula.

La definición, pues, que la docta corporación nos ofrece, tiene un siglo de atraso. Hoy se murmura públicamente, sin precaución ni recato, no solo en las conversaciones particulares sino hasta en las destinadas á la imprenta. ¿Acaso la forma de «interview», no es la más apropiada para que cualquier vulgo empingorotado se permita el lujo de murmurar del gobierno y de media humanidad, sin tener para nada en cuenta esta sublime máxima: «el que no haya pecado que tire la primera piedra.» Una de las falsas conquistas del progreso consiste en que los más pecadores se crean autorizados para tirar tantas piedras como culpas han cometido.

II

Muchas veces la murmuración menuda no pasó de la categoría del chisme, bien que baste á sembrar la zizafia entre las personas á quienes se refiere, si no son superiores á las debilidades ajenas y no saben triunfar de las propias. En estos casos abunda la nota cómica. Recuerdo entre otros muchos un suceso originalísimo, que casi me reja el pecho.

Los años de 1863 y 1864 los pasó en Cádiz, donde á la sazón estaba de moda la costumbre de que las familias de más modesta posición dieran reuniones caseras, dos y tres veces cada semana, y en estas tertulias se despellaba á los ausentes de tal modo, que si más pintado lo dejaban en casa viva.

Una noche visitaron á las manos en sitio público, con extraordinario asombro de los circunstantes, varias señoras, cuya buena educación no parecía autorizar un desahogado semejante. El hecho sucedía á la salida del teatro.

«Pero ¿qué ocurre, que pasa, para que desciendan ustedes al nivel de las garroteras? ¿es pregunta un caballero metiéndose por medio?»

«Que estas... habladoras han ido á la tertulia murmurando de nosotros. Nos han puesto por mote á las señoritas de Estuco.» Dicen que no estucamos la cara con una mezcla de clara de huevo y polvos de mielda.